

-----Capítulo 1: MI PRIMER DÍA EN LA TIERRA-----

¿Qué es eso que siento alrededor? Una fuerza extraña me empuja desde atrás para que avance, pero todo está muy oscuro y me siento algo desconcertada. Abro un poquito los ojos y contemplo cómo una luz se abre paso a través de la oscuridad que me rodea y al mismo tiempo, la fuerza que siento me empuja bruscamente hacia ella. Intento arrastrarme, pero este sitio está muy estrecho, así que dejaré que sea la fuerza la que me saque de aquí. ¡Qué luz tan fuerte! ¡Voy a quedarme ciega!

De un tirón, salgo lanzada y topo con el suelo, aunque algo ha acolchado mi caída. Siento que estoy empapada, pero no consigo ver nada aún, ya que todavía tanta luz no me deja distinguir lo que está a mi alrededor. Poco a poco, lo borroso va tomando forma; algo se acerca a mí y comienza a lamerme.

- Bienvenida al mundo, preciosa.

¡Reconozco ese balido! Recuerdo haberlo escuchado más de una vez cuando estaba en la habitación oscura. - ¿Mami? – pregunto con a penas un hilo de voz. Mientras, mis pupilas por fin despiertan y consigo verla. Mamá tiene el pelaje marrón oscuro, salpicado con manchas blancas. ¡Es la cabra más bonita que he visto en mi vida! Ya sé que es la primera que veo, pero también estoy segura de que como ella, no habrá ninguna otra.

- Perdona que no me levante Pequeñita, pero estoy algo cansada. ¿Por qué no intentas levantarte y andar?

- ¡Eso es fácil! – contesto yo muy animada – ¡Primero las patas de delante y luego las de detrás!- exclamo emocionada.

¡Pum! Doy de bruces contra el suelo; todavía mis patas andan algo entumecidas. Toca el segundo intento y de nuevo ¡pum!, al suelo.

- Poco a poco Pequeña; no te impacientes.

A la tercera va la vencida y al fin consigo mantenerme en pie.

- ¡Mira mami! ¡Estoy de pie!

Intento dar mis primeros pasos pero, en vez de eso, para no perder el equilibrio, doy mi primera carrerilla, creo que esto de dominar las patas me va a llevar un buen rato.

Cuando consigo dominar del todo el arte y manejo de corretear, empiezan a sonarme las tripas.

Mamá se da cuenta y me llama; ha llegado el momento de mi primera lactancia.

- ¡Mmmmm! ¡Mami! ¡No sabía yo que la leche de cabra era tan sabrosa!

- Pequeña, la leche de cabra es tan succulenta que incluso los humanos la toman.

- ¿Humanos? ¿Eso que es?

- Pronto lo descubrirás Pequeña; ya lo verás.

-----Capítulo 2: VIDA CABRÍA-----

La vida de una cabra puede parecer muy aburrida; sólo caminar, comer, beber y dormir; pero cuando eres una recién nacida, todo se convierte en mundo nuevo por descubrir.

Andando junto a Mamá por las extensas llanuras que me vieron nacer, aprendí lo que era una carretera, un coche e incluso un turista. Mamá me enseñó el mar y aprendí lo que era un barco y a distinguir el sonido de un avión. También aprendí lo que era una verja, un perro y una bicicleta, pero sobretodo a esconderme de los humanos.

Cuando el calor apretaba por aquel interminable paisaje dorado, era muy difícil encontrar agua, así que Mamá me dejaba resguardada en algún sitio y emprendía una búsqueda agotadora para traerme

algo de beber. Mamá nunca me explicaba por qué me dejaba resguardada dentro de aquella cueva ¡yo era una cabra muy valiente!; hasta que un día, lo descubrí por mí misma. Un pequeño saltamontes que revoloteaba fuera de la cueva llamó mi atención. No pude vencer a la tentación y salí correteando tras aquel indomable saltamontes, hasta que volví la vista atrás y me di cuenta que me había alejado demasiado de mi refugio. Allí perdida en mitad de ninguna parte, sólo se me ocurrió llamar a Mamá.

- ¿Mamá? Mami ¿me oyes?

Ella no respondía, pero yo seguía intentándolo.

- ¡Mamá!

De repente vi cómo una sombra me seguía desde el cielo. ¡Era un cuervo! Mamá me había advertido sobre aquellos carroñeros.

- Si alguna vez te encuentras con un cuervo... ¡corre Pequeña! ¡Huye y escóndete en un lugar seguro!

Intenté correr lo más rápido que pude, pero el graznido de aquel cuervo me seguía a todas partes.

- ¡Mamá! ¡Socorro!

El cuervo comenzó a descender lentamente. ¡Cada vez lo sentía más cerca! Para mi suerte una cabra oyó mis gritos de socorro y acudió en mi ayuda.

- ¡Escóndete debajo de mí, chiquita!

El cuervo decidió abandonar su ataque y desapareció en el horizonte.

- Ya se ha ido. No te preocupes chiquita. ¿Qué haces aquí sola?

- Mi madre ha ido a buscar agua. Yo estaba en una cueva pero me he perdido y no encontraba una manera de esconderme de ese cuervo ¡me perseguía a todas partes!

- Tranquila; estás a salvo. Busquemos a tu madre.

Aquella cabra me acompañó durante horas, mientras esperábamos que Mamá apareciera. Cuando ya era casi media tarde, escuché a lo lejos a Mamá. Noté en sus balidos que estaba buscándome tremendamente preocupada. Grité lo más fuerte que pude para que pudiera oírme. Mamá corrió hacia mí a toda velocidad, con la tripa cargada de agua.

- ¡Pequeña! ¡Estaba tan preocupada! ¡Pensé que te había pasado algo!

- Mami, me perdí siguiendo a un saltamontes y entonces apareció un cuervo y yo corría, pero era más rápido que yo y...

- ¿Traviesa? ¿Eres tú? - Aquella cabra que me había salvado la vida, había reconocido a Mamá

- ¿Este baifo es tuyo?

- ¡Margarita! Sí, es mío. Tiene a penas unas semanas. ¡Gracias por salvarlo! ¡Gracias! – Dijo Mamá. Yo mientras tanto, andaba perdida en el comienzo de la conversación

- Mamá, ¿por qué te llama Traviesa? – Entonces, Mamá me explicó que ese era su nombre humano. Al parecer, aquella valiente cabra que me había salvado de la muerte era parte del rebaño de Mamá. Mientras escuchaba cientos de historias interminables sobre su pastor, sobre otras cabras del rebaño y algún que otro cotilleo, me di cuenta de un pequeño detalle: Mamá tenía en su oreja unas pequeñas marcas y Margarita, la cabra amiga de Mamá, también las tenía; parecían cuadrados, triángulos, círculos...

- Mami. ¿qué son esas marcas de tu oreja?

Algún día te lo explicaré Pequeña. Ahora toca descansar un poco.

-----Capítulo 3: LA APAÑADA-----

Meses después, cerca ya de la primavera, Mamá decidió que era el momento de satisfacer mi curiosidad y explicarme por qué tenía aquellas marcas en su oreja derecha que tanto llamaban mi atención.

- Verás Pequeñita, estas marcas que ves en mi oreja indican a quién pertenezco. Cada rebaño tiene unas marcas que lo identifica para que todo el que encuentre una cabra perdida pueda saber de quién es.

- ¿Y por qué yo no tengo, Mamá? ¿No tengo rebaño? – pregunté algo agobiada.

- Mi rebaño es tu rebaño cariño, lo que sucede es que aún no saben que has nacido. Es temporada de apañada; pronto llevarás estas marcas igual que yo.

En aquel entonces yo no sabía lo que era una apañada, pero me hacía ilusión llevar las mismas marcas que Mamá.

Unas semanas más tardes, estábamos recién levantadas cuando comenzamos a escuchar balidos que provenían desde el otro lado de la montaña. También se escuchaban voces de pastores y fue entonces cuando Mamá me dijo:

- Bienvenida a tu primera apañada, Pequeña. Corre, ten mucho cuidado con los perros, no permitas que ningún pastor te atrape y no te alejes de mi lado.

Nunca podré olvidar los cientos de cabras que surgieron del horizonte dorado, perseguidas por docenas de pastores con largas varas y varios perros.

- ¡Sígueme!– gritó Mamá mientras comenzaba a correr.

Cuando miré hacia atrás y contemplé cómo aquella marabunta corría hacia mí, el miedo invadió todo mi pequeño y tierno cuerpecito. Comencé a correr a toda velocidad para intentar que no me alcanzaran; por suerte, Mamá y yo teníamos algo de ventaja, o eso pensaba yo.

- ¡Mamá! ¡Escóndete aquí! – grité dirigiéndome a la cueva.

- ¡Cuidado Pequeña!

No sé de dónde surgió exactamente, pero un pastor cortó mi camino. ¡Menudo susto!

Mamá seguía gritándome que la siguiera y al fin dejé la cabezonería a un lado y me limité a seguir sus instrucciones. Era precioso aquel paisaje lleno de cabras y baifos que teñían toda la vista de marrón, blanco, gris y negro.

Llegamos hasta una explanada rodeada de piedras donde nos agrupaban a todas; cada pocos minutos llegaban más y más. Aquellos pastores se adentraban en aquel círculo para ordeñar a las cabras más grandes y revisar las marcas de cada una. Mamá tenía razón, ¡había multitud de señas diferentes! En la oreja derecha, en la izquierda, en ambas... había triángulos, agujeritos, cuadrados... ¡Cuántos rebaños!

Una vez identificadas, los pastores volvían a soltarnos, pero en mi caso y en el de Mamá no fue así. Estuvieron horas para separarnos a todos. Los pequeñajos que como yo estaban junto a sus madres éramos los últimos en salir del agujero, ya que uno a uno teníamos que ser marcados con las señas de nuestro rebaño, como Mamá me había dicho. Me subí a su lomo para ver cómo se hacía. Cada pastor, con la ayuda de un cuchillo, marcaba con sus señas o las de su familia a los cabritos. Reconozco que me dio algo de miedo al principio, sobretodo al oír los quejidos de dolor, pero por suerte o por desgracia mi destino no era el que yo imaginaba.

Mamá conversaba con otras cabras del rebaño a las que no veía desde la última apañada, que- aún seguían dentro de aquel círculo al que los pastores llamaban *gambuesa*. Hablaban de la sequía que estaba azotando la isla, de los turistas y de los accidentes en la carretera, hasta que se dieron cuenta de que algo importante faltaba por allí.

- ¿Y nuestro pastor?

Todos los rebaños tenían a su pastor y a varios miembros de su familia junto a ellos, pero nosotras estábamos solas. Las cabras empezaron a impacientarse, hasta que algunas escucharon al otro lado cómo dos hombres hablaban sobre lo sucedido.

- ¡Pobre Juan! Tantos años cuidando de estas preciosas cabras, dedicando su vida a esto, para morir y dejarlas perdidas.

- Por lo visto su mujer quería cuidarlas, pero ya sabes tú como está de salud, así que solo se llevará dos o tres para la casa.

- ¿Y sus hijos?

- ¿Los hijos de Juan? ¡Esos están en la ciudad! Ya todos tienen sus trabajos allí y dicen que no tienen tiempo ni espacio para dedicarse a esto. ¡Cada vez quedamos menos Luis!

En seguida el rebaño se revolucionó temiendo nuestro destino. Mamá estaba aterrada. ¿Qué sería de nosotras?

Un rato más tarde, una señora llegó en una furgoneta. Todas las cabras empezaron a balar intentando llamar su atención, pero parecía que aquella señora tenía bastante claro lo que quería.

- Denme tres cabras recién paridas; las demás déjenlas para subastar y así las perras las divido entre mis hijos... ¡Y pónganme también un baifo! que tengo una comida pendiente en casa de Antoñita.

Al escucharlo, Mamá se puso muy nerviosa y de inmediato, me escondió bajo una de las cabras más viejas y peludas del rebaño.

- No te muevas de aquí, Pequeña; no dejes que te vean, no bales. Quédate con Blanquita pase lo que pase.

Varios hombres entraron en la *gambuesa* y cogieron algunas cabras al azar, eligiendo para mi desgracia también a Mamá. Yo no podía dejar de balar y llorar, pero entonces Blanquita me dijo:

- ¡Pequeña! ¡Calla! ¡Van a elegir un baifo!

Por un instante cerré los ojos y el hocico muerta de miedo, hasta que escuché cómo balaba otro cabrito que había visto por allí, llamando a su madre.

Una vez la señora y su camioneta estaban preparadas para partir, me subí al lomo de Blanquita para ver a Mamá; estaba en la parte trasera de la furgoneta de aquella señora.

Blanquita me explicó que Mamá estaría bien con la señora Carmen, ya que sólo la utilizaría para seguir adelante con su pequeño negocio.

- Según cuentan los humanos, la señora prepara de los quesos majoreros más sabrosos de la isla.

Me entristecía enormemente perder a Mamá, pero sabía que tenía que seguir adelante aunque fuera sin ella; con aquella señora estaría bien y eso me tranquilizaba.

- Blanquita, ¿qué es una subasta?

- Verás, Pequeña, ahora algunos pastores que ofrecerán dinero para comprarnos.

- ¿Estaremos a salvo? – pregunté

- No lo sé Pequeña; no lo sé. Al menos a una jovencita como tú la comprarán en seguida.

Tal y como dijo Blanquita, unas horas más tarde unos señores se acercaron.

- Esto es lo que hay. ¿Qué le interesa?

- Bueno, obviamente las cabras más jóvenes. Comprenderá usted que es un viaje muy largo para estas cabras y que necesitamos que tengan una larga esperanza de vida para que puedan cumplir con su cometido.

- ¿Entonces sólo los baifos?

- ¿Baifos? – preguntó el señor de la chaqueta.

- Así llamamos aquí a los cabritos.

- ¡Qué nombre más curioso! Sí por favor, todos los *baifos* que pueda ofrecerme.

Uno de los pastores se metió en la *gambuela* y empezó a sacarnos a los siete que estábamos allí, mientras otro nos trasladaba a la furgoneta del señor de la chaqueta.

- ¡Adiós Blanquita! – grité emocionada.

Ninguno de nosotros sabía hacia dónde nos dirigíamos, hasta que llegamos al puerto. Allí nos esperaban unos jóvenes y una jaula que nos acomodaría durante un largo y estrecho viaje en barco. Antes de subir a bordo, algunos de jóvenes se sentaron entre nosotras con comida y agua. De repente a una se le ocurrió una gran idea: ¡ponernos nombre humano! Copito, Luna y Filomena... Dulce, Blanca y Nina. ¿Y mi nombre?

- ¿Cómo decías que era el nombre antiguo de la isla? – preguntó una de las chicas.

- ¡Maxorata! ¡Es genial! ¡Ese será tu nombre pequeña!

Me hizo mucha ilusión tener nombre humano. Si Mamá supiera que me han puesto de nombre Maxorata se habría sentido muy feliz.

Aún me faltaba saber a dónde íbamos. Toda mi infancia pensé que pasaría mi vida correteando por aquellas tierras doradas que me vieron nacer, pero mi vida sería mucho más interesante de lo que yo pensaba.

-----Capítulo 4: MI NUEVO HOGAR-----

Pasamos quince semanas de viaje. Después del barco tocó sufrir varios recorridos en camioneta, hasta llegar a nuestro destino. La tierra también era dorada como el sol, pero resultaba obvio que este lugar no era como Fuerteventura y eso se observa en los pastores, que tenían la piel más

oscura que los majoreros y en las casas y corrales de la zona. Aquí tampoco había tantos coches, ni largas carreteras ni turistas. Además, mujeres, hombres y niños se ocupaban de nosotras durante todo el día. Es cierto que en nuestra isla éramos más libres, pero me encanta estar cerca de los humanos ¡no puedo negarlo! Cuando llegamos, conocimos a Gladis, una cabra anciana que llevaba ya años en esta granja. Nos contó que cuando ella llegó con los de la ONG que también nos trajo a nosotras, este pueblo no era más que tierra y sol. Yo no sabía lo que era una ONG cuando llegué, pero después de pasar largo tiempo con ellos y las familias de este lugar, entendí qué hacían aquí. Antes se pasaba hambre y los lugareños no sabían cultivar ni cuidar de ningún animal, por lo que la vida de cada res se limitaba a la cantidad de carne que les quedara a los humanos para pasar la semana; la ayuda que se traía se deshacía entre los dedos con suma facilidad. Los que nos recogieron en Fuerteventura, se trasladaron aquí para enseñar a este pueblo el arte del pastoreo y la agricultura y a concienciarles de que éramos mucho más que carne, ¡y menos mal!

Desde entonces vivo en un lugar que, sin esperarlo, se convirtió en mi hogar. Cuando llegué, sólo podía pensar en Fuerteventura y en Mamá, pero ahora que he podido disfrutar de esta tierra, he descubierto la belleza de Ghana. Ahora tengo una vida nueva, un rebaño y hasta mis propios baifos, los cuáles han encontrado en estos rincones su propia patria, pero yo, por muy lejos que esté del lugar dónde nací, siempre llevaré conmigo los dorados recuerdos de aquella isla, las historias que allí viví y lo recordaré cada vez que alguien mencione mi nombre: Maxorata.